

BATALLA
FINAL

A

JIM C. HINES

BATALLA
FINAL

Traducción de Cynthia Leskovec

 *Editorial El Ateneo*

Hines, Jim C.

Batalla final / Jim C. Hines. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2016.

528 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Cynthia Leskovec.

ISBN 978-950-02-9944-2

1. Literatura Infantil y Juvenil Estadounidense. I. Leskovec, Cynthia , trad. II.

Título.

CDD 813.9282

Batalla final

Título original: *Revisionary*

Copyright © 2016 by Jim C. Hines

Traductora: Cynthia Leskovec

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: octubre de 2016

ISBN 978-950-02-9944-2

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en octubre de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.



Dedicado a Amy

*No hubiese podido concretar esto sin tu amor,
tu paciencia y tu apoyo*

*AUDIENCIA DEL COMITÉ CONJUNTO DE SEGURIDAD
MÁGICA ANTE LA CÁMARA DE DIPUTADOS DE EE. UU.
Y EL SENADO DE EE. UU.*

PRESIDENTE: ALEXANDER KEELER

*CÁMARA DE DIPUTADOS DE EE. UU.,
COMITÉ DE SEGURIDAD MÁGICA*

DEREK VAUGHN, Luisiana

TAMMY HOEVE, Michigan

TIMOTHY HOFFMAN, Ohio

ANTHONY HAYS, Colorado

SUSAN BROWN, Florida

ELIZABETH GARCÍA, Oklahoma

JOHN SENN, Nevada

*CÁMARA DE SENADORES DE EE. UU.,
COMITÉ DE SEGURIDAD MÁGICA*

ALEXANDER KEELER, Illinois

KENNETH TINDILL, Rhode Island

MARY PAT CLARKE, Maryland

KENT CHILDRESS, Oregón

DECLARACIÓN E INTERROGATORIO
DEL TESTIGO NÚMERO 18: ISAAC VAINIO

SR. PRESIDENTE.—*Esta audiencia entra en sesión. Es un privilegio y un honor dar la bienvenida a los miembros del Comité Conjunto de Seguridad Mágica y a los testigos convocados para declarar, para forjar el futuro de esta gran nación en esta época de confusión y conflicto a nivel mundial. Señor Vainio, gracias por tomarse tiempo de su trabajo en Nuevo Milenio para acompañarnos hoy.*

SR. VAINIO.—*Su invitación dejaba en claro que no tenía otra opción.*

SR. PRESIDENTE.—*¿Jura que el testimonio que está a punto de dar ante este comité es fiel a la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?*

SR. VAINIO.—*¿No se supone que tengo que jurar sobre una Biblia?*

SR. PRESIDENTE.—*Por cuestiones de seguridad, no se permitirá que haya libro alguno en la sala durante su testimonio.*

SR. VAINIO.—*No se preocupe. No voy a practicar la libromancia con una Biblia... ni con cualquier otro libro religioso. Es posible que Gutenberg haya podido lidiar con esa clase de intensidad y creencia, pero... ah, disculpe. Sí, juro.*

SR. PRESIDENTE.—*Gracias. Puede tomar asiento. Señor Vainio, ¿sería tan amable de...? ¿Qué es eso?*

SR. VAINIO.—Se llama Smudge. Es una araña de fuego. Es inofensiva siempre y cuando esté dentro de su jaula. Eso sí, no anden metiendo los dedos. Es mi animal de servicio. Mi abogado me dijo que la ley de discapacidad lo avala.

SR. CHILDRESS.—¿Tiene una araña de servicio?

SR. VAINIO.—Presiente el peligro, como el Hombre Araña. Llevarla cerca me ayuda a lidiar con algunos... problemitas de ansiedad. Han sido cinco años muy traumáticos. Tengo una carta de mi terapeuta si desean verla.

SR. PRESIDENTE.—No será necesario. Por favor, proceda a narrar su historia y el papel actual que desempeña en la organización conocida como los centinelas.

SR. VAINIO.—Fui miembro de los centinelas, intermitentemente, durante cerca de siete años y trabajé para proteger al mundo de las amenazas mágicas. Fui catalogador, agente de campo e investigador. Hace diez meses ayudé a fundar el proyecto Nuevo Milenio en Nevada, donde actualmente trabajo como director de Investigación y Desarrollo.

SR. PRESIDENTE.—Diez meses. Entonces fue justo después de anunciar la existencia de la magia en el mundo.

SR. VAINIO.—Correcto.

SR. PRESIDENTE.—Usted montó Nuevo Milenio en los Estados Unidos. Es ciudadano estadounidense. Nació y se crió en Michigan. ¿Es leal a este país, Isaac?

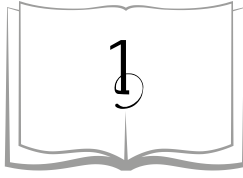
SR. VAINIO.—¿A qué se refiere?

SR. PRESIDENTE.—Hay muchos libromantes como usted y miles de otras criaturas desperdigados por el mundo.

Vampiros, hombres pez, hombres lobo y Dios sabe qué más. ¿Qué seguridad tiene este comité de que usted no actuará en contra de los intereses de los Estados Unidos de América? ¿Cómo evitamos que las personas como usted vendan sus habilidades al mejor postor?

SR. VAINIO.—Tal vez podría empezar por no tratarnos a todos como posibles criminales y terroristas.





- **N**o creíste que iba a ser fácil, ¿o sí?
- Sabía que habría confrontaciones. Miedo. Y sí, violencia, también.
- Estás midiendo las palabras. Se avecina una guerra mundial.
- La humanidad ha estado en guerra durante más del noventa por ciento del tiempo que ha registrado la historia.
- Pero no así. Lo que viste este último año es apenas el principio. El preámbulo, si se quiere.
- Esa es tu opinión. Ni siquiera con magia se adivina el futuro.
- Magia no. Experiencia. Observé a la humanidad durante siglos. Te temen. Los seres humanos trabajan para controlar lo que temen y para destruir lo que no pueden controlar.

—Eres pesimista, y también un imbécil.

—Ninguno de esos hechos cambia la verdad. Tus acciones contribuyeron a que el mundo cayera por este precipicio.

—¿Y las tuyas no?

—Sí, también, pero seamos pragmáticos, ¿está bien? Hoy por hoy, uno solo de nosotros puede cambiar el curso de los hechos.

—Es una de las ventajas de no estar muerto, ¿verdad?

Uno creería que el tiempo que pasé en el campo de batalla peleando contra todo, desde libromantes posesos hasta monstruosidades metálicas animadas mágicamente y una hechicera que llevaba más de mil años muerta, me habría preparado para declarar ante un grupo de políticos de Washington D. C., pero cuando aparecí, ansí la simplicidad de un hombre jaguar rabioso al que se le llenaba de espuma la boca ante la lisa y llana motivación de asesinar.

Ignoré a los periodistas que esperaban en el pasillo y caminé hacia el banco de madera donde estaba sentada Lena Greenwood, que cuchicheaba con Nicola Pallas y Nidhi Shah.

—¿Y bien? —preguntó Nicola.

—No los convertí en cucarachas, si es a eso a lo que te refieres. —Aunque en varios casos, hubiese sido mejor—. ¿Por qué querrían arrastrarnos hasta acá si ya decidieron que somos la peor amenaza para la paz mundial desde que explotó la bomba atómica?

—Para demostrar que pueden hacerlo. —Desde que la conocía, Nidhi había trabajado como psiquiatra para Die Zwelf Portenære, la organización de magia conocida como los centinelas, que hasta hace poco era secreta. De nosotros cuatro, era la única sin poderes mágicos naturales. Le pagaban para que nos mantuviera cuerdos a todos los usuarios de magia, así que tenía una tarea mucho más complicada que la mía.

Se había puesto ropa bastante conservadora para el testimonio de hoy: una simple chaqueta negra y pantalones a tono, con una camisa celeste y casi ningún accesorio de los que usaba a diario.

—Y algunas mentes todavía no se han cerrado completamente —continuó Nidhi—. El senador Clarke apoya a los centinelas y nuestro trabajo. Los diputados Hays y Hoffman han declarado en contra de las reacciones exageradas del Departamento de Seguridad Nacional y del FBI, y McGinley, el secretario del Departamento de Seguridad Nacional, dijo que estaría dispuesto a sentarse a charlar con los representantes de las distintas comunidades de no humanos.

—Ahora nuestro trabajo es demostrarle al mundo que no somos una amenaza. —Del cuello de Nicola colgaban unos audífonos blancos como un par de serpientes anoréxicas que zumbaban la melodía de un jazz. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, y la música se apagó—. Den gracias, porque podría ser peor. El mes pasado la Comisión Militar Central de la República Popular China levantó cargos por traición contra Shin-Tsu Chang.

Shin-Tsu y Nicola Pallas eran dos de los seis maestros del Consejo que había quedado a cargo de los centinelas tras la muerte de Johannes Gutenberg el año anterior. No conocía bien a la contraparte china de Nicola, pero había leído sobre él y me inspiraba respeto gran parte del trabajo de investigación sobre la magia que había hecho durante las últimas dos décadas.

—¿Está a salvo?

—Por ahora... —respondió Nicola.

Lena me tomó de la mano mientras caminábamos por el pasillo.

—Trata de pensar en el lado bueno. Si finalmente deciden encerrarnos a todos en campos de concentración, tal vez dejes de preocuparte por esa auditoría del Departamento de Tesorería.

—¿Qué puede hacer el Departamento de Tesorería? ¿Embargarme la casa? —bufé. Mi casa se había incendiado el año anterior y, desde entonces, yo había estado yendo y viniendo de mi pequeño apartamento en la Península Superior de Michigan a mi oficina en Nuevo Milenio.

—Desde esta mañana, además, van a demandar a los centinelas por tener impuestos impagos desde hace siglos —agregó Nicola—. Uno de nuestros abogados se pondrá en contacto contigo para ponerte al tanto de las opciones que tienes.

—Me alcanza con que me digan cuántas monedas de oro tengo que extraer de *La isla del tesoro* para sacármelos de encima.

—No es tan sencillo. Los gobiernos de todo el mundo están más estrictos con la riqueza generada por medio de la magia. El Senado propuso leyes que agregan una sentencia mínima de veinte años para la falsificación a través de la magia. Están preocupados por la inflación y la confiabilidad de los consumidores.

—Tal vez deberían preocuparse por mantener los disturbios bajo control —opiné—. Ni hablar de las golpizas, los linchamientos y, por supuesto, el hecho de que el mundo está usando la magia como excusa para reavivar viejas disputas o iniciar guerras nuevas.

—Y el resto se está preparando para hacer frente a los daños colaterales —comentó Lena—. Cuando mi testimonio estaba llegando al final, el senador Tindill me preguntó qué tenía que pasar para que me enlistara en la marina. Hace ocho meses, Rusia instauró el reclutamiento obligatorio para no humanos.

—Junto con otras diecisiete naciones, hasta donde sabemos. —Negué con la cabeza—. ¿Explicó Tindill cómo se supone que te enlistes si se rehúsan a reconocerte como ciudadana?

Lena era mi... Bueno, el término “novia” no tenía el peso suficiente, pero la ley no nos permitía ser marido y mujer, ya que ella no era humana. “Pareja” y “compañera” eran las palabras que mejor aplicaban y además servían para referirse a Nidhi, la otra relación romántica de Lena. Habíamos llegado a constituir una pequeña familia de tres personas, aunque el proceso no siempre había sido de lo más fluido. ¿Qué tipo de relación era?

Lena había dejado de ocultar que era una dríada después de que se había develado el secreto de la magia. Hoy por hoy, eso significaba que, de los poros de la piel de la frente, le crecía una corona de hojas que asomaba por debajo de la cabellera y le daba un aire juguetón y de otro mundo.

Lena, de baja estatura, piel oscura, con una energía inagotable y una sonrisa preciosa, era una de las únicas tres no humanas a las que les habían permitido declarar. Yo me preguntaba qué tan rápido la habrían tachado de la lista de testigos si realmente comprendieran lo que era capaz de hacer, pero no parecía el tipo de persona que podía derribar a un minotauro de un solo golpe.

Mientras que el resto de nosotros se había vestido especialmente para las audiencias, Lena llevaba puestos unos jeans viejos y una chaqueta negra de cuero arriba de una remera ajustada de Groot y Bárbol. La leyenda debajo de los dos árboles que caminaban decía “¿TIENES LEÑA?”.

Nos detuvimos en la entrada para darle tiempo a Nicola de arreglarse. Por más frustrante que hubiese sido el día para mí, esas audiencias y la publicidad habían sido peor para ella. Como único miembro del Consejo de centinelas que residía en los Estados Unidos, había estado bajo la lupa mucho más que cualquiera de nosotros.

Nuevos mechones de cabellos plateados se intercalaban en su cabellera negra. Tenía la mirada apagada y, a juzgar por cómo le caía la chaqueta sobre esos hombros tensos, había perdido peso. El uso excesivo de la magia

podía tener esa consecuencia, pero los viejos y conocidísimos estados de tensión también. Jugaba con los anillos de plata que tenía en los dedos de la mano izquierda mientras miraba por las puertas de vidrio a la multitud que esperaba afuera.

—¿Sabes? Cuando era joven, quería ser famoso —confesé mientras asimilaba la cantidad de micrófonos y cámaras que aguardaban afuera, listos para abalanzársenos—. Quería ser astronauta; el primer hombre en llegar a Marte. O un científico que consiguiera viajar en el tiempo y viviera en una mansión vigilada por tiburones robots. O si no, Batman.

—La capa y la capucha te golpearían los anteojos todo el tiempo —dijo Lena—. Además, no creo que te queden bien los trajes ajustados. Sin embargo, me gusta la corbata. —Se acercó para leer la inscripción plateada bordada en la seda—. ¿Es nueva?

—Tenía una sola corbata y estaba quemada. —Miré a Smudge, que descansaba en el fondo de una jaula rectangular abrochada a mi cinturón. Una capa de fibra de vidrio me resguardaba del calor que emitía la araña de fuego, aunque si algo le hacía lanzar alguna llamarada, había muchas probabilidades de que quemara la parte de abajo de mi traje.

Había comprado la corbata por Internet. Estaba hecha a medida, con la inscripción “Oook” formando rayas diagonales como tributo a Terry Pratchett y el orangután bibliotecario de los libros de la colección Mundodisco. Me aflojé el nudo y me desabroché el botón del cuello.

—Háganme acordar de que delegue a alguien de mi equipo la investigación sobre los viajes por el tiempo. Quiero viajar al siglo XVII.

—Voy a seguirte la corriente —me consintió Lena—. ¿Por qué?

—Supuestamente la corbata se originó durante el reinado de Luis XIV. Gracias a él, millones de nosotros tenemos que andar con la sogá al cuello, literalmente. Si viajo al pasado y asesino al rey Luis, nunca tendré que volver a usar estas porquerías.

—Estoy lista. —Nicola enroscó el cable de los auriculares alrededor de su pequeño reproductor de MP3 y los guardó en uno de los bolsillos internos—. Gracias.

Enderecé los hombros, pero me sentí vulnerable y expuesto sin mi pila tradicional de libros. Todavía no habían terminado los momentos incómodos del día. ¿Qué no habría dado por un solo libro de bolsillo que me permitiera extraer una capa de invisibilidad de sus páginas?

Lena flexionó los dedos, y le salieron pequeños brotes de los nudillos formando un patrón de puntos verdes que me hizo pensar en los tatuajes de henna.

—No se olviden de que la prensa presiente el miedo. —Saqué una cajita de pastillas de naranja del bolsillo del pantalón, me metí una en la boca y le di otra a Smudge para entretenerlo—. Bueno. Fama, allá vamos.

De joven, Isaac había soñado con ser famoso.

De joven, Isaac era un idiota.

Cuando atravesamos las puertas, los gritos nos golpearon como una ola de tres metros de alto. La acera estaba demarcada por vallas de madera. Ocho oficiales de policía uniformados hacían retroceder a la multitud para mantener despejado el angosto sendero que nos guiaba hasta la camioneta que nos esperaba.

La primera persona que me escupió fue un caballero bastante mayor que estaba a mi izquierda y llevaba puesta una camiseta con la inscripción “EN SALEM TUVIERON RAZÓN”.

Una parte de mí quiso hacer hincapié en que, según los registros de los centinelas, ninguna de las personas ejecutadas durante el siglo XVII en Salem había sido una bruja, ni alguien que usara la magia. Sin embargo, otra parte de mí se moría de ganas de convertirlo en un huevo de codorniz.

Los cuatro nos dispusimos en forma de diamante, con Lena a la cabeza, mientras que Nidhi y yo caminábamos un paso más atrás, uno a cada lado, actuando como una especie de amortiguador para Nicola.

Un periodista se las arregló para atravesar la barrera con su micrófono.

—¿Qué están haciendo los centinelas con los mercenarios y rebeldes que usan la magia para desestabilizar África?

—Yo responderé —contesté alzando la voz—. África es un continente, y uno muy grande, así que tendría que ser más específico. ¿Se refiere al libromante que ayuda al gobierno a luchar contra Boko Haram en Nigeria? ¿A los rumores acerca de los rebeldes que combinan magia y sangre

en Mali? ¿O a las tres azuelas que oficiaron de vigilantes recientemente en Costa de Marfil?

Se conocía a las azuelas en cuestión como las “luciérnagas diamante” tras haber interrumpido una operación minera en Sierra Leona y liberar a veintiséis niños esclavos. El trío vampiresco también había asesinado a sangre fría a tres supervisores antes de volver a transformarse en luciérnagas para escapar.

Seguí caminando antes de que el periodista pudiese responder.

—Señora Pallas, ¿por qué los centinelas no quieren defender este país? —preguntó otro periodista.

—Los centinelas son una organización mundial fundada en Alemania. Hay más integrantes de la India y China que de los Estados Unidos. —La voz de Nicola se oyó entre el griterío con la claridad del agua, uno de los trucos de su magia bárdica—. Los centinelas seguirán trabajando junto a la comunidad internacional para proteger al mundo de las amenazas mágicas. No apoyaremos ninguna ley que permita el reclutamiento selectivo de individuos con dones mágicos, ni ninguna otra iniciativa para militarizar a nuestro pueblo y nuestro trabajo.

La ira no estaba dirigida solo a nosotros. Divisé un pequeño grupo que sostenía carteles con leyendas como “JUSTICIA PARA MARCUS VISSER”. Visser era un joven hombre lobo de Maine al que dos cazadores habían disparado y asesinado a principios de septiembre, pero a nadie se le imputó ningún cargo.

—Isaac, ¿me firmarías un autógrafo en el carnet de biblioteca? —Una muchacha me acercó una tarjeta plastificada y un marcador plateado. Se la firmé y alguien me disparó el flash de una cámara directamente a la cara.

Intenté sonreír y recordé la foto que había publicado *USA Today* en la que yo estaba hablando y por eso salí con la boca abierta y los ojos medio cerrados. Parecía un Muppet drogado. ¿Cómo fue que en apenas un año había pasado de ser un bibliotecario de un pueblito de Michigan a preocuparme por los *paparazzi* molestos?

—Isaac, ¡cura a nuestro hijo, por favor!

Me detuve. A mi derecha, se abrió un pequeño vacío. Los periodistas competían por el mejor ángulo. Una pareja con un niño de apenas dos años que dormía en el carrito me hacía ese pedido. Los padres no llegaban a tener treinta años; tendrían la misma edad que yo, pero en ese momento yo me sentía unas cuantas décadas mayor.

—Isaac... —Nicola alzó el tono de voz para que solo yo la oyera, pero esa sola palabra dicha con suavidad estaba cargada de advertencia y un historial de discusiones que se remontaban hasta casi un año atrás... discusiones que, en general, yo había perdido.

—¿Qué es lo que tiene? —pregunté, sin poder contenerme.

—Se llama Caleb —respondió el padre. Tenía las dos manos apoyadas en la valla de madera. Dos oficiales de policía se acercaron, listos para intervenir—. Hace seis meses que esperamos un trasplante de corazón.

—Te vimos en una nota por televisión —agregó la madre—, en Discovery Channel. Vimos que tu equipo curó ratas que tenían cáncer y diabetes. Consiguieron que les volvieran a crecer extremidades amputadas y reconstituyeron huesos rotos. Cuando nos enteramos de que estarías acá, pensamos que...

Se mordió el labio y se quedó callada. La multitud se paralizó en espera de mi respuesta. Varios de los oficiales de policía también estaban escuchando. Me pareció ver cierta compasión en los ojos de uno de ellos, miedo en los de otro. Un tercer oficial tocó las esposas que colgaban de su cinturón en señal de una advertencia para nada sutil.

—Lo siento —murmuré y me odié por lo mecánica que se oyó mi respuesta—. Apenas este mes estamos empezando a hacer pruebas en seres humanos, bajo la estricta supervisión del Instituto Nacional de Salud.

Habían venido con la esperanza de que le curara el corazón a su hijo y, en lugar de eso, yo les daba una excusa que odiaba y que sabía que mataba su ilusión. A la madre se le llenaron los ojos de lágrimas. El padre se apoyó con una mano en el carrito como para evitar caerse.

Yo podía hacer lo que me pedían. Podía curar a los niños de una guardería entera de cualquier enfermedad que conociera la humanidad. En la camioneta, había un ejemplar maltrecho de *El león, la bruja y el armario* junto con mis otros libros. Podía abrirlo y extraer la poción medicinal de Lucy para usarla en todo el mundo. Una sola gota bastaría para curar al hijo de esta pareja.

A esa altura, los llevarían bajo custodia federal, pondrían a su hijo en cuarentena y a mí me arrestarían por violar leyes (aprobadas con prisa y carentes de fundamentos informados) que prohibían el uso de la magia para “influir, alterar o interferir de cualquier manera, ya sea física o mentalmente, a otra persona”.

Con el tiempo, la mayoría de los estados había agregado cláusulas de buen samaritano que permitían excepciones por emergencias en caso de “inminente amenaza a la vida o a una extremidad”, pero eso no contemplaba este caso. Podía usar la magia para quitar de en medio de la calle a alguien hacia quien se dirigían los autos, pero gracias al alarmismo y la ignorancia de personas como el senador Alexander Keeler, no podía ayudar a un niño que sufría de una afección cardíaca que ponía en riesgo su vida. Si se hubiesen acercado en privado, habría sido otra cosa. Pero así, no. No frente a tantas cámaras, tanta gente y tanta expectativa a punto de estallar.

En el mismo momento en que me pidieron ayuda, se garantizaron que no pudiera dársela. Apuesto cualquier cosa a que, en menos de una semana, el doctor del Instituto Nacional de Salud pasaría por la casa de ellos, pero no para ayudarlos, sino para confirmar que el niño siguiese en peligro de muerte, para asegurarse de que yo no lo hubiese ayudado con “técnicas mágicas carentes de pruebas y testeos, que no han sido evaluadas para garantizar la seguridad y los posibles efectos secundarios a largo plazo”.

Muchos habían ido a prisión por esta disputa: tanto libromantes como médicos obligados a ver cómo morían sus pacientes cuando la magia más simple los podría haber salvado.

Me sentí tentado a hacer lo mismo: salvar a Caleb y al demonio con las consecuencias, con la diferencia de que las consecuencias no terminarían conmigo. Si me arrestaban, destruirían todos los proyectos de investigación que estaban bajo mi supervisión, incluso la investigación médica. Además, daría más tela que cortar a aquellos que nos veían como rebeldes extraños y que aprovecharían cualquier excusa para disolver a los centinelas y conseguir el control exclusivo de Nuevo Milenio.

—Lo siento —repetí. Saqué una tarjeta de presentación—. Llaman a este número. Los atenderá una mujer llamada Kiyoko Itô. Díganle que hablaron conmigo. Intentaré incluir a Caleb en la próxima ronda de pruebas médicas de Nuevo Milenio.

—¿Pruebas médicas? —preguntó el padre, sobresaltado. Se aferró a la valla y apretó los puños. Lena se puso en posición, lista para derribarlo si fuera necesario—. ¿Tiene idea de a cuántas pruebas médicas lo sometimos en los últimos dos años?

Me lo imaginaba. A mi sobrina la habían sometido a un sinfín de cirugías y procedimientos durante años tras el accidente en el que había perdido la pierna. Sabía lo lento y tortuoso que podía ser el sistema de salud en los Estados Unidos. Hacía un año que estaba luchando para conseguir

el permiso para ayudarla, tanto a ella como a otros casos similares.

La madre tomó mi tarjeta. Los dos estaban conteniendo las lágrimas.

Nidhi se abrió camino hasta mí.

—¿Alguien los envió hasta acá para que le pidieran ayuda a Isaac? —Habló en voz muy baja para que no la captaran los micrófonos.

El padre asintió.

—Sí, así es.

Alguien había engañado a esta familia, había usado su dolor y desesperación para registrar el momento en que un libromante desalmado se negaba a ayudar a un niño moribundo. Antes de que Nidhi pudiera indagar más, otro hombre se abrió camino entre la multitud hasta llegar al frente y gritó:

—¡Hace un año dijeron que la magia era un don! ¿Cuánto van a compartirlo con el resto de nosotros?

—¿Qué es lo que realmente hace Nuevo Milenio puertas adentro? —gritó otro—. Se enriquecerán con nuestros impuestos ¡y nos dejarán morir!

Nuevo Milenio no contaba con financiamiento federal ni estatal, pero ese no era el momento, ni el lugar para decirlo.

—Tenemos que irnos —dijo Nidhi—. Ya.

El calor que emanó de la jaulita que llevaba a la altura de la cadera confirmó la advertencia de Nidhi. Lena me tomó de la mano y me llevó hasta el auto. Lo que la gente haya dicho después, lo que haya gritado la multitud cuando nos fuimos, se convirtió en un ruido gris.

Íbamos camino a nuestra próxima reunión cuando mi teléfono se apagó. No el celular inteligente que llevaba en el bolsillo; ese tenía una línea privada que solo conocía una docena de personas, tres de las cuales iban conmigo en la camioneta.

Apreté los dientes para activar la conexión.

—Habla Isaac.

El comunicador alojado en mi molar inferior derecho captaba la subvocalización casi con la misma claridad que el habla. Pero si yo hablaba en voz alta, los demás se enterarían de que estaba en medio de una llamada. Además, me habían dicho que parecía ebrio cuando subvocalizaba.

—¡Volvió a escaparse!

Cerré los ojos y dejé caer la cabeza sobre el apoyacabezas.

—Vince, fue un día eterno. No sé dónde pueda estar, pero al final Kerling siempre regresa.

—*Se llevó la mitad de mi sándwich de mortadela, desparramó basura por todo mi escritorio, me robó mi bolígrafo favorito y dejó una pluma en la impresora. Creo que la pluma fue a propósito.*

—Estoy a tres mil kilómetros, Vince. No puedo ayudarte a buscar a tu cuervo, que se escapó.

Junto a mí, Lena se aclaró la garganta.

—*Ayer a la tarde le trabé la puerta de la jaula con un alambre. Si la abrió desde adentro, tendría que haber sonado una alarma.*

Vince Hambrecht era una tormenta infecciosa de energía y entusiasmo, el primero de los tres libromantes que había incorporado a mi equipo de investigación en Nuevo Milenio. El evidente placer que le daba ese eterno juego que mantenían atenuaba la indignación que le provocaba que un cuervo fuera más inteligente que él.

—Tal vez deberías haberles pedido a Talulah o a Charles que verificaran que todo estuviera bien instalado.

—*Funcionaba todo bien. Anoche las cámaras se apagaron por tres horas, justo cuando se escapó. No puede ser una coincidencia, Isaac. Además, ¿te acuerdas de aquella vez en que me robó la tecla ESC del teclado? Se estaba burlando de mí.*

Con diecinueve años, Vince era el investigador más joven del equipo. Había descubierto sus habilidades hacía un año y medio, y todavía atravesaba esa etapa de excesivo entusiasmo en la que, si no lo vigilaban, era probable que se volara en pedazos a sí mismo y a todo el que estuviera dentro de un radio de treinta metros. Algunos dirían que nunca superamos esa etapa.

Los centinelas lo habían descubierto en el zoológico de Toronto, donde trabajaba media jornada para pagar sus estudios académicos superiores. Había empezado a asistir a la universidad a los catorce años, a los diecisiete ya había terminado y, además, acababa de completar sus estudios de veterinario cuando Nicola sugirió que lo convocara para que formara parte del equipo de Nuevo Milenio.

Había leído *La historia del doctor Dolittle* más de cuarenta veces para tratar de adquirir la capacidad de hablar con los animales. Como eso no funcionó, había recurrido a otros libros en busca de habilidades similares. El mes pasado, había bebido sangre de dragón de *Los cuentos de los quinientos reinos* de Mercedes Lackey.

La magia no iba a convertir a los animales precisamente en conversadores inteligentes, pero a Vince su letanía interminable de “¡Aliméntame!”, “¡Es mío!” y “¡Estoy excitado!” le resultaba fascinante.

—Ya te lo dije: revisé a Kerling dos veces. No hay rastros de magia, aparte de la curación y el rejuvenecimiento que le hiciste. Sigo creyendo que Talulah está jugando contigo. Dios me libre de los libromantes con tiempo de sobra. ¿Qué tal está el resto de las fieras?

Habló con voz más suave:

—*Mortimer murió ayer por la tarde.*

—Lo siento, Vince. Era una de las ratas, ¿cierto?

—*Llegó hace tres meses sin la cola y con los dientes infectados. Cuando lo curamos, te mordió la palma de la mano.*

—Sí, me acuerdo.

—*El doctor Dickinson se llevó el cadáver. En mi opinión, Mortimer murió de viejo, no por nada que hayamos hecho nosotros, pero esos morbosos del Instituto Nacional de Salud insisten en abrirlo para estudiarlo. Más les vale que esta vez nos devuelvan sus restos. Esa rata se merece un entierro como Dios manda.*

—Envíame una copia del legajo de Mortimer y tu informe, y avísame si los del Instituto de Salud encuentran algo inusual.

—Claro, jefe.

—No me digas así.

—Lo siento. —Primero dudó y luego dijo abruptamente—: Ya que estamos, ¿podemos hablar del Proyecto Crichton?

—No vamos a hacer bebés de dinosaurios. Punto final. Lo último que necesitamos es que una manada de velocirraptores jóvenes se coma a uno de nuestros niños federales.

—No se escaparían, jefe.

—Lo dice el que no puede mantener a un cuervo en una jaula. ¿Alguna vez leíste *Parque Jurásico*? —La camioneta se detuvo en un estacionamiento en la calle 8—. Tengo que cortar. Recuérdamelo cuando regrese, e intentaremos hacer un hechizo para rastrear a Kerling.

Cuando corté, Lena sonreía en señal de satisfacción.

—¿Otra vez Vince contra el cuervo? ¿Cuántos asaltos llevan? ¿Ocho ya?

—Por lo menos. —Bajé de la camioneta y me puse mi viejo sobretodo; no me importó que esa prenda gastada no quedara bien con el traje y la corbata. El poder reafirmante que tenía el peso de los libros en cada uno de los bolsillos hechos a medida era más importante que cualquier combinación ridícula según los estándares de la moda.

—¿Cuándo planeas decirle que aumentaste la inteligencia de Kerling? —preguntó Lena.

—Cuando deje de ser gracioso.

—No deberías intervenir con los proyectos de investigación de Nuevo Milenio —sentenció Nicola.

—No interfiere: llevo registros detallados del progreso de Kerling... y del de Vince. —Levanté las manos como si estuvieran a punto de asaltarme—. La clase de magia que usé con Kerling podría tener todo tipo de consecuencias para la cura de daños cerebrales e incapacidad mental, sin mencionar la mejoría que tiene sobre la inteligencia en general. Es un proyecto legítimo, te aseguro.

Lena sonrió.

—Se te ilumina la cara cuando hablas de ese lugar. Es una pena que no hayas podido convencerlos de construirlo en la Península Superior.

Con tantas tierras abiertas y alejadas de las áreas pobladas, la Península Superior de Michigan hubiese sido la ubicación ideal. También contábamos con una manada saludable de hombres lobo, y yo esperaba que pudiésemos contratarlos para seguridad y otras tareas. Yo había ido a Lansing para impulsar la posible creación del puesto y los beneficios de la publicidad, pero el gobernador Sullivan había mantenido una postura antimagia, como la mayoría de la legislación estatal. Prácticamente no esperaron que me fuera del Capitolio para aprobar leyes que prohibían la investigación relacionada con la magia en Michigan.

—Hay tanto por aprender, tanto por hacer en medicina, ingeniería, arqueología, astronomía... Estoy por conseguir

una entrevista en la NASA ¡para abrir un portal mágico permanente a la Luna!

Se rio y me besó.

—Casi hace que la diplomacia valga la pena.

La diplomacia era la segunda peor parte de mi trabajo; lo peor de todo era tener que separarme de Lena durante semanas. Había venido a visitarme algunas veces, pero era una dríada. Su roble estaba plantado en Michigan, al igual que su antiguo compañero. Llevaba parte de ese árbol dentro de ella, lo que le brindaba una libertad mayor, pero de todas formas debía regresar a casa al menos una vez por semana.

—Antes de que te vayas a la Luna, ¿qué te parece abrir uno de esos portales entre Las Vegas y Copper River?

—Encabeza mi lista de “cosas por hacer”, te lo aseguro.

Volvió a reírse —me encantaba oír su risa— y me tomó de la mano mientras caminábamos hasta el restaurante. El estrés me contracturaba, pero estar con Lena ayudaba. Tenía el don de ver alegría y belleza en todo, y de ayudar a otros a recordar esas cosas.

La pizzería Square Pie era uno de los restaurantes más lujosos de Washington D. C.: velas y manteles blancos adornaban las mesas, y los camareros usaban moño blanco; mejor aún: ofrecía privacidad y una pizza deliciosa. Lena, Nidhi y yo habíamos ido por lo menos una vez en cada uno de los viajes demasiado frecuentes que teníamos que hacer. Esta vez Nicola había reservado un cubículo privado cerca del fondo.

Parecía que el diputado Derek Vaughn había llegado apenas unos momentos antes. Terminó de quitarse la chaqueta y, después, esperó de pie amablemente mientras el resto de nosotros se sentaba. Luego de que el camarero tomara nota de lo que íbamos a beber y cerrara la puerta al irse, Vaughn se inclinó y le dio un beso a Nicola.

—¡Qué día! —La sonrisa que le significaba tantos votos se veía opacada por el cansancio—. Creí que esa audiencia no terminaría nunca —dijo con su acento de Nueva Orleans.

Según tenía entendido, él y Nicola se habían encontrado luego de una audiencia del Comité a principios de agosto. Después de unas semanas, él la había llevado a uno de los mejores bares de jazz de la ciudad. Había sido amor a primera canción. Cómo habían logrado que ni la prensa, ni el Comité de Seguridad Mágica se enterara de su relación era otro tema.

Abrí la jaula de Smudge y la apoyé en la mesa entre Vaughn y yo. Smudge se espabiló y asomó las patas delanteras por entre las rejas. Sabía dónde estaba y habían empezado a gustarle las anchoas.

—¿Qué crees? —preguntó Nicola, sin preámbulos.

Vaughn bebió unos sorbos de agua antes de responder. Era un hombre inteligente e ingenioso, que había empezado su carrera como abogado de puro oficio. La gente solía subestimarle al ver ese pelo gris, ondulado, y esos ojos azules rodeados por líneas de expresión y anteojos con marco plateado.

—No sé. El Departamento de Seguridad Nacional está presionando mucho para incluir más centinelas en la nómina. La gente está asustada, Nic. Quieren que alguien les garantice que no harán ninguna especie de brujería vudú para convertir la ciudad de Nueva York en un cementerio, ni que un vampiro le lavaré la mente al presidente para que destruya su propio país con armas nucleares.

—El vudú es una religión, no una escuela de magia —corregí, aunque técnicamente varios autores habían escrito sobre las muñecas vudú como una herramienta viable para que los libromantes extrajáramos elementos de los libros.

—Eso ya lo sé, muchacho. —Vaughn tomó otro trago—. El asunto es que creen que ustedes, los centinelas, están ocultando algo. Muchos quieren acorralar a todos los centinelas junto con los vampiros, los hombres lobo y el resto. A las dríadas, también.

Lena sonrió.

—Si quieren, que lo intenten.

—No veo esta tensión desde la Guerra Fría —agregó Vaughn—. Creen que se desatará la Tercera Guerra Mundial y, cuando eso pase, habrá escobas voladoras, se sacudirán varitas mágicas y los *muggles* harán una masacre.

—El mundo está haciendo todo lo necesario para que eso pase —añadí enseguida—. Corea del Norte está obligando a todo el mundo a leer una novela aprobada por el gobierno por mes con el afán de construir una biblioteca de armas mágicas. Aquí, en los Estados Unidos, el senador Keeler quiere que lo ayudemos a convertir a cientos de

soldados en vampiros. China hizo detonar un misil nuclear con los estudiantes de Bi Sheng como objetivo.

Vaughn entrecerró los ojos.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque tengo amigos allá. —Los estudiantes de Bi Sheng eran un pequeño grupo de sobrevivientes de hacía quinientos años, practicantes de una forma alternativa de libromancia. Habían peleado en una guerra mágica y estaban decididos a mantenerse al margen de los sucesos mundiales. Había días en los que me tentaba la idea de unirme a ellos.

—Mejor no mencionar eso ante el Comité —sugirió Vaughn—. Hasta lo que yo sé, los centinelas no fueron justamente los inocentes en todo este asunto. Fíjense en todas las muertes de la batalla en Copper River. ¿Y las víctimas de esos hombres lobo y vampiros y demás canallas? Como ese tipo sobre el que me contaron, uno de la Península Superior que se alimentaba de niños exploradores.

—No ha tocado un solo niño más desde el día en que le metí una bomba en el cráneo. No digo que no prestemos atención a los asesinos, pero...

—¿Escuchaste lo que acabas de decir, Isaac? —Derek exhaló lenta y extensamente con un dejo del olor al humo de una pipa—. Pusiste una bomba en la cabeza de ese hombre. Los centinelas eran jueces y verdugos, y la gente lo sabe. Lo cierto es que son peligrosos.

—Claro que somos peligrosos. Tú también lo eres, así como esos idiotas paranoicos que andan por ahí queriendo disparar a todos y compran kits para cazar vampiros por

eBay o funden candelabros antiguos para hacer balas de plata. ¿Sabes qué es más peligroso? Que haya naciones enteras haciendo lo mismo. —Levanté la mano antes de que pudiera replicar—. Tienes razón. Los centinelas a veces meten la pata. Yo metí la pata. También salvé muchas vidas, y podríamos salvar muchas más si nos dejaran. Están muriendo muchos chicos, Derek. La gente necesita nuestra ayuda. No podemos solucionar todo, pero podemos contribuir mucho más de lo que estamos haciendo ahora, pero lo único que parece importante es debatir sobre golpes mágicos preventivos y cuánta gente pueden matar con la próxima superarma libromántica.

—¿Qué sugieres? —me preguntó—. ¿Deberíamos dejar de lado al Departamento de Defensa Nacional, darte libertad para que hagas esos unicornios y arcoíris mágicos y esperar que un genio de Oriente Medio quiera convertir a los estadounidenses en nabos?

—Los genios no hacen eso, ignorante.

—Isaac... —Nidhi habló con voz suave para me diera cuenta de lo fuerte que estaba hablando.

Me recliné sobre el respaldo de la silla, me quité las gafas y me refregué los ojos.

—Lo siento. Sé que estás haciendo tu mayor esfuerzo para atravesar este caos, pero no es suficiente.

—¿Crees que no me doy cuenta? Tú te vas a tu casa en Las Vegas a jugar en tu laboratorio, pero yo tengo que regresar a ese nido de serpientes todos los días. —Se lo oyó tan cansado como yo—. ¿Cómo está Lexi?

Vaughn tenía una memoria infalible con las personas y nunca se olvidaba de preguntarle por mi sobrina.

—Está entusiasmada. Nerviosa también, pero, todavía más, ilusionada por lo que está a punto de vivir. Esta noche regreso en avión a Las Vegas para acompañarla durante la intervención.

—Necesitamos más historias con final feliz como la de ella para mostrarle al mundo que la magia le devolvió la pierna a una niña —opinó Vaughn.

—Se lo podríamos haber mostrado al mundo hace un año —comenté.

—Isaac, sabes que hay que seguir las reglas para estas cosas. Si existe una mínima posibilidad de que algo salga mal, terminaríamos haciendo más mal que bien.

—Dile eso a Lexi y a sus padres.

Antes de que pudiera responder, sonaron los primeros acordes de una canción de Harry Connick Jr. en el teléfono celular de Nicola .

—Disculpen. —Tomó el teléfono y se retiró.

Un instante después, sonó el teléfono de Vaughn. Apreté los puños. Esperé que fuese una coincidencia, pero no me sorprendió cuando mi propio comunicador repicó para avisarme que tenía una llamada entrante.

—Habla Isaac. ¿Qué pasó?

—Habla Talulah. Nuevo Milenio quedó aislado. ¿Viste las noticias?

—Todavía no. —Hice un paneo alrededor de la mesa. Nicola parecía una estatua, sentada con una quietud deli-

berada mientras escuchaba. Vaughn se sonrojó e insultaba por lo bajo.

—Anuncian ataques múltiples de terroristas no humanos.

—¿Cuántos y dónde? —pregunté.

—Cuatro, por lo menos. —Talulah dudó—. *Incluso uno en Lansing. El gobernador de Michigan está en estado crítico. Hubo ataques similares y simultáneos en California, Oklahoma y Nueva York.*

Sentí que había bebido una botella de medio litro de ácido para baterías. Me puse de pie y tomé la jaula de Smudge, me la abroché al cinturón con un carabinero de aluminio.

Nicola cubrió su teléfono.

—Ve. Ayuda a los heridos y colabora con la policía.

—Isaac —agregó Vaughn—, hazte notar.

Hice una mueca. En otras palabras, tenía que salir bien para las cámaras y poner cara de buenos amigos para los centinelas. Odiaba esa parte del trabajo, pero tenía razón. Especialmente si se trataba de ataques de no humanos.

—¿Cuánto tardarás en llegar a Michigan? —preguntó Nicola.

—Cinco minutos. —Me puse mi abrigo y salí; Lena y Nidhi cerraron la puerta detrás de mí.

No importaba qué tan rápido llegáramos ni cuánto ayudáramos; una parte de mí empezaba a creer que nunca sería suficiente.

De: noresponder@centinelasbot.net

Para: ivainio@nuevomilenio.org

Asunto: Reservas para catálogo

Este es un recordatorio automático del robot de datos de los centinelas.

Hemos notado que cuenta con una cantidad inusual de títulos reservados en el catálogo de centinelas. Si bien apreciamos su diligencia para ayudar a minimizar el uso excesivo y la carbonización mágica, nos preguntamos si tal vez se habrá olvidado de volver a poner en circulación algunos de los 184 libros para disponibilidad de otros centinelas investigadores y agentes de campo.

A continuación, se enumeran los diez libros que se han reservado hace más tiempo. Por favor, ingrese al catálogo de centinelas para ver la lista completa y para poner en circulación los libros que ya no usa.

Si tiene una necesidad legítima que justifique conservar estos libros, tenga la amabilidad de contactarse con la bibliotecaria Szuzsana Varga.

¡Muchas gracias!

Títulos reservados por Isaac Vainio, usuario #M3714:

Lewis, C. S. El león, la bruja y el armario.

L'Engle, Madeleine. Una arruga en el tiempo.

Pierce, Tamora. En manos de la diosa.

Carroll, Lewis. A través del espejo.

Goodkind, Terry. Deuda de huesos.

Gabaldon, Diana. Forastera.

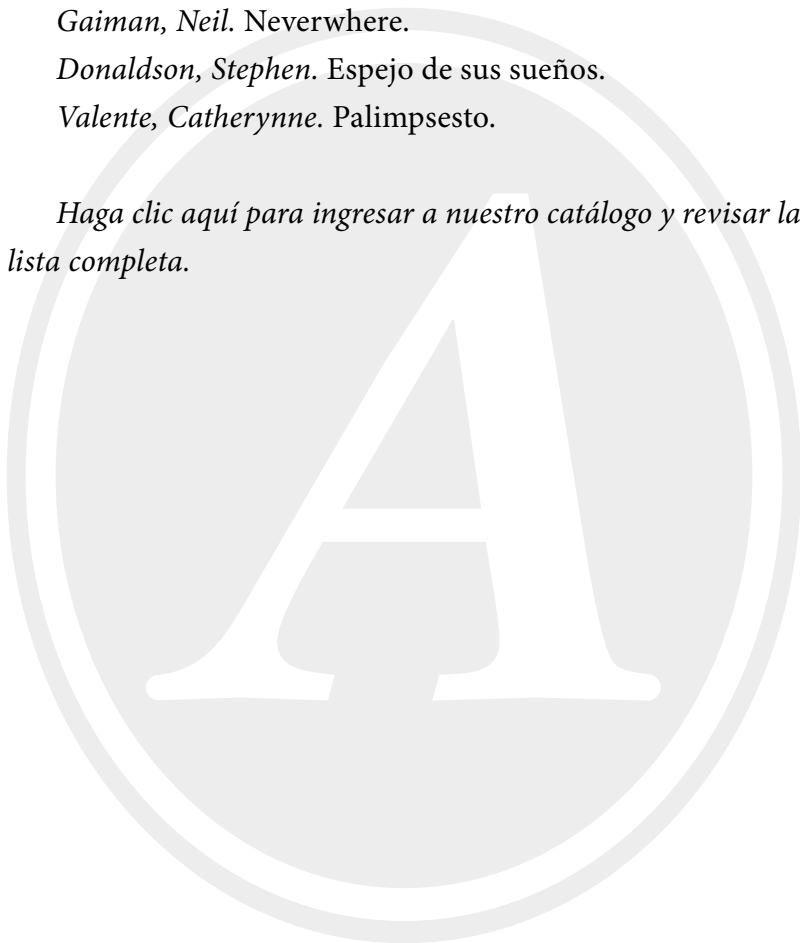
Homero. La Odisea.

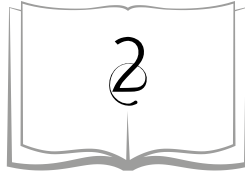
Gaiman, Neil. Neverwhere.

Donaldson, Stephen. Espejo de sus sueños.

Valente, Catherynne. Palimpsesto.

Haga clic aquí para ingresar a nuestro catálogo y revisar la lista completa.





— *Creí que habías hecho planes para una situación como esta.*

— *Siempre hubo contingencias para la revelación de la magia, así como para mi propia muerte.*

— *¿Qué pasó? ¿Te olvidaste de compartir los planes con los demás?*

— *Para citar a von Moltke, ningún plan sobrevive tras el primer encuentro con el enemigo. Cuando me aparté de los centinelas, tenía estrategias y objetivos determinados: disponer adecuadamente de mi cuerpo; delegar el poder a un grupo pequeño, de no más de seis miembros; mantener la importancia de la neutralidad internacional; preservar la seguridad de los nuestros y, lo más importante, poner atención en el futuro lejano como recurso para sobrevivir al caos y la agitación del futuro cercano.*

- Define “futuro cercano”.
- ¿Cronológicamente? Años. Décadas, probablemente.
- ¿Cuántas personas morirán como consecuencia del caos?
- Como has dicho tú: la magia no predice el futuro.
- Pero al menos puede hacer una estimación.
- Según mis cálculos, y dada la naturaleza humana: millones.

Estaba programado que el servicio que estaban usando los centinelas para transporte y seguridad en Washington D. C. nos recogiera en una hora, así que Lena detuvo un taxi mientras yo hurgaba en mi bolsillo para sacar una copia de *Neverwhere* de Neil Gaiman.

—¿Adónde va? —preguntó la conductora, una mujer mayor que llevaba un pañuelo amarillo en la cabeza y tenía la voz áspera, como la de alguien que ha fumado durante años.

Me senté en el asiento trasero y le di un billete de diez dólares.

- Quédese estacionada un momento, ¿sí?
- ¿Está esperando a alguien?
- No precisamente.

Lena se sentó junto a mí.

- ¿Un atajo?
- Espero que sí.

Neverwhere era uno de los libros que había estado releyendo como parte de mi investigación. Tal vez todavía

no pudiera crear un portal estable entre Las Vegas y la Península Superior, pero estaba cada vez más cerca, y había aprendido algunos trucos mientras tanto.

Además, había enviado un par de ratas de laboratorio accidentalmente a Alpha Centauri o a un armario en Londres, tal vez. Vince nunca me lo perdonaría.

Abrí el libro en una página marcada con un papel adhesivo azul. Podía recitar la escena de memoria, pero era más fácil tocar el libro directamente, releer y sumergirme en la historia. Cada página tenía su propia textura, única como una huella digital. Cual ciego que pasaba los dedos por los grabados en la época previa al braille, yo sentía cada una de las letras y cómo la tinta hundía el papel.

Gaiman había creado un personaje llamado Puerta. Yo ya había experimentado con su magia en el laboratorio, pero esta era la primera vez que la usaría en el mundo exterior.

Hundí las puntas de los dedos en el papel y toqué el mundo que tantos de los lectores de Gaiman habían visualizado e imaginado. Si bien era un mundo ficticio, era real que los lectores creyeran en él y lo que imaginasen. De ahí provenía la verdadera magia de la historia: el libro servía como un imán y un ancla para esa creencia acumulada.

La conductora giró para observarnos.

—¿Qué están haciendo ahí atrás?

—En un momento nos pondremos en marcha —respondió Nidhi.

La libromancia en su forma más básica nos permitía extraer un objeto de una historia y meterla en el mundo real,

transformando la creencia y la potencial energía de la magia en una realidad física... siempre y cuando dicho objeto cupiera en las páginas. Si esa era la primera lección de libromancia, la investigación en la que yo había estado trabajando durante el último año era de posgrado.

Se me nubló la visión como si hubiese estado leyendo mucho tiempo con poca luz. Mi mamá solía decirme que eso no era bueno para la vista y que me iba a hacer mal. Resulta que no estaba tan errada. Me quité las gafas y las metí en el bolsillo de la camisa. En mi campo visual periférico, flotaban unas manchas oscuras que se fueron agrandando, pero el texto del libro se hizo más nítido. El daño que sufría en la vista era consecuencia de una quemadura de magia, que se parecía a un principio de cataratas. Las gafas compensaban mi falta de visión, pero paradójicamente hacían que me resultara más difícil ver la magia. Intenté reparar el daño, pero las cicatrices no eran físicas. La magia flotaba alrededor de la quemadura, como un arroyo que pasa por las rocas.

Me hundí más en el libro. Toqué la espalda de Puerta o, mejor dicho, la imaginación compuesta que despertaba la espalda de Puerta. No le tocaba el contorno de los omóplatos ni sentía los latidos de su corazón: tocaba lo que creían los lectores, por el hecho de que creyeran en el personaje y en su habilidad particular.

—La conductora se está impacientando —comentó Lena.

—Ya termino. —Desde ahí, podía haberle quitado un objeto de la mano a Puerta y haberlo materializado en la mía.

En lugar de sacar algo físico de la página, tomé la habilidad de Puerta y la incorporé a mi ser. Líneas de texto avanzaron sigilosamente por mi piel. En esencia, me estaba transformando en una extensión del libro.

Ese tipo de libromancia acarreaba dos grandes riesgos. Por un lado, la magia provenía de un mundo ficticio. Cualquier portal que creara se conectaría con ese universo inexistente. Si metía la pata, con suerte íbamos a perdernos en los desagües de Londres. Si no teníamos tanta suerte, la magia intentaría enviarnos al Londres ficcional de Gaiman. Como ese mundo no existía, terminaríamos muertos.

Así que ese era el peligro de dejar que un libro se metiera en la cabeza de uno. A medida que la historia corría por mis venas, empecé a oír que los personajes me llamaban. Miré a mi alrededor y el mundo ficticio parecía haberse superpuesto con el real. Vi que la conductora se me quedó mirando el brazo trunco y movía la boca, pero oí el murmullo de la multitud de Londres, vi los túneles y las líneas del subterráneo que atravesaban el taxi, olí la niebla húmeda...

—¿Isaac? —Lena me tocó el cuello para conectarme con el mundo real.

Apoyé la otra mano en el interior de la puerta del taxi y dejé que la historia pasara a través de mí hacia el metal y el plástico del taxi. Las palabras parecían un tornado que intentaba escapar y crear un portal de regreso al libro. Pero yo las obligué a dirigirse a un lugar que conocía muy bien para anclar mis pensamientos a los fragmentos de *Neverwhere* que giraban alrededor de mí como un torbellino.

—Es como hacer que un grupo de gatos cruce un río.

—Puedo llamar a Nicola si necesitas ayuda —ofreció Nidhi.

—No, está bien. Creo que puedo. —Empujé la última parte del texto y abrí la puerta. Cuando salí, emergí del auto de un repartidor de pizzas que estaba estacionado en una calle completamente distinta. Si Gutenberg hubiese estado vivo, estoy seguro de que hubiese hecho este hechizo sin dudar para situarnos ante los primeros escalones del Capitolio. Tras otros quinientos años de práctica, me gustaba pensar que yo habría hecho lo mismo.

—¿Qué cree que está haciendo? —El grito provino de una joven en la vereda de enfrente que llevaba una bolsa roja de repartidor vacía—. ¡Salga de mi auto!

—¡Perdón! —Me tropecé al salir, metí *Neverwhere* en el bolsillo y me fijé cómo estaba *Smudge*. No se lo veía contento, pero tampoco estaba a punto de incendiar nada, así que no había tantas probabilidades de que la conductora del taxi sacara un arma y me disparara en ese mismo instante. Miré alrededor. Nos había depositado en East Lansing, en el campo de la Universidad Estatal de Michigan—. Técnicamente, no estábamos en su auto. Es que...

—¿Por qué habla en plural? —Cruzó la calle con prisa, me hizo a un lado para revisar el asiento trasero, que estaba vacío, y arrojó la bolsa roja ahí. Me apuntó a la cara con el teléfono móvil y me tomó una foto antes de marcar el número que supuse que correspondía a la policía—. ¿Qué se llevó, delincuente?

—Nada —respondió Lena mientras salía del auto.

La pobre mujer se sobresaltó tanto que se le cayó el teléfono. Lena lo atajó justo antes de que llegara al piso. Flexioné la mano. Tenía las puntas de los dedos algo adormecidas, pero no vi indicios de ninguna quemadura. Me fijé en el cartel magnético en el techo del auto.

—¿Así que Georgio's? Cuando estaba en la universidad, comía ahí todo el tiempo. —Saqué la billetera y le di veinte dólares—. Siento mucho haberla asustado. Tome esto como parte de la propina de la noche.

Se quedó mirándome, luego miró el auto, de donde ahora salía Nidhi como de la nada.

—Eso es... magia.

—Impresionante, ¿cierto? Si tuviera más tiempo, le diría cómo lo hice.

—Es cierto —agregó Lena—. Incluso si le pidiera que no le contara.

Señalé el edificio de tres pisos con fachada de ladrillos de la vereda de enfrente.

—Ese es el Mason-Abbot Hall, así que estamos en el extremo noreste del campus universitario, a unos dieciséis kilómetros de Lansing. —Giré y me dirigí a la repartidora—. ¿Qué le parece ganar unos dólares más?

—Si el tráfico no mejora, voy a recorrer el resto del camino volando —murmuré.

—¿Puedes hacer eso? —Nuestra espontánea conductora se llamaba Callie, una estudiante de Comunicación

de segundo año que había accedido a llevarnos hasta Lansing solo si podía tomarse una foto con Lena y otra con Smudge.

—Sí, claro. Pero la FAA se pone de mal humor si vuelo.

Callie giró hacia otra calle y, luego, pisó el freno.

—¡Diablos! Perdón. Sabía que la 496 estaba cortada, pero parece que también cortaron la calle Saginaw. Los acercaré lo más que pueda. ¿Es cierto que fue un ataque terrorista?

—Todavía no sabemos —respondió Nidhi.

Lena se estudiaba las manos.

—Debería deshacerme de estos —dijo mientras se tocaba los brotes que le salían de los nudillos—. Seguramente sea más seguro para todos si me parezco más a un ser humano.

Yo tenía ganas de discutirle y decirle que fuese ella misma. Miré a Nidhi y vi el mismo conflicto en sus ojos. Si los atacantes no eran humanos, hacer pública la naturaleza de Lena podía convertirla en el blanco de las multitudes enfadadas o de un excesivamente apasionado cumplimiento de la ley. Ninguno de los dos habló mientras los brotes verdes se reabsorbían debajo de la piel de Lena.

Callie rompió el silencio.

—La semana pasada hubo una marcha por el campus en honor a Marcus Visser. Habló un hombre lobo real. Fue bastante intenso. Al final, apareció la policía. Les arrojaron gas pimienta a seis personas. —Giró hacia el norte y se acercó una cuadra más, escabulléndose entre los vehículos, hasta

que tuvo que detenerse frente a otra fila de tráfico detenido—. Creo que no puedo dejarlos más cerca que esto.

—Es suficiente. —Le di otros cuarenta dólares y salí del auto. Veía la cúpula del Capitolio a poca distancia, delante de la fila de autos en la que cada paragolpes se tocaba con el anterior.

Bajó la ventanilla.

—Oye, eso de la libromancia ¿lo puede aprender cualquiera? Estaba pensando en cambiar de especialidad.

—Lo siento. No funciona así.

El ruido era ensordecedor: en las calles sonaban bocinas sin sentido, chillaban sirenas, se oían gritos y cánticos a la distancia. También percibí ladridos, pero no me daba cuenta de si eran mascotas que aullaban ante el barullo o perros policía que rastreaban a los atacantes.

También estaba la gente que se abría camino hacia el Capitolio. Muchos tenían la misma expresión de desconcierto, confusión y dolor. Otros habían pasado del dolor a la ira. Incluso si no sabía adónde me dirigía, la multitud nos hubiese arrastrado hasta el lugar del ataque.

De pie, un oficial de policía uniformado desviaba el tránsito en la siguiente intersección. Otro oficial, a caballo, marchaba por el lado contrario de la calle. Dos helicópteros sobrevolaban el lugar en círculos. Por lo que alcanzaba a ver, uno pertenecía a un canal de noticias, y su compañero, más grande y ruidoso, parecía militar.

Lena, que era la más preparada para lidiar con confrontaciones físicas, tomó el mando. Nidhi y yo la seguíamos

bien cerca y la usábamos de rompehielos. Dividí mi atención entre Smudge y la multitud, tratando de detectar posibles amenazas mágicas. Smudge parecía más interesado en los insectos que revoloteaban alrededor de las farolas.

Había barricadas amarillas que bloqueaban las calles en Ottawa y el Capitolio. Del otro lado de esas barreras, ambulancias y patrulleros formaban filas a lo largo de la calle. Las camionetas de los noticieros estaban estacionadas más lejos. Parecía que todos los equipos de filmación del estado se amontonaban contra la cinta amarilla que rodeaba al Capitolio, junto con los periodistas de algunos de los medios de comunicación nacionales.

Tras la audiencia en Washington D. C., la tensión había alcanzado niveles preocupantes, pero al menos había ocurrido a plena luz del día y nuestra salida de emergencia había sido clara y concisa.

En este caso, la situación era menos estable y el sentimiento, más frío. Los oficiales que participaban del aparato represivo hacían todo lo que podían para mantener la situación bajo control. Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración, como si temiese detonar una bomba. Por la espalda me corrían gotas de sudor frío.

A los periodistas los obligaban a retroceder junto con el resto de la multitud. Algunos pedían a gritos que los oficiales y los detectives declararan, mientras que otros entrevistaban a espectadores al azar. Alcancé a escuchar que un periodista decía algo relacionado con hombres lobo y un número desconocido de muertes. Me levanté el cuello del

sobretudo y me acerqué con las manos en alto al oficial uniformado más cercano.

—Atrás, señor, no se acerque. —Se trataba de un hombre que evidentemente tenía práctica en el uso de la voz para mantener a la gente en orden, y su tono sugería que estaba igualmente preparado para usar otras herramientas si sus palabras no surtían efecto.

Miré hacia atrás para asegurarme de que los periodistas estuvieran prestando atención. Lo último que quería era que me hostigaran los equipos de los noticieros en busca de una primicia.

—Me llamo Isaac Vainio. Soy libromante, codirector de Nuevo Milenio y miembro de los centinelas. Podemos ayudar.

Nos miró a los tres de arriba abajo.

—Nadie pasa del otro lado de esa línea; en especial, los que usan magia.

Entendía su paranoia, incluso mientras la frustración me tensaba aún más los músculos del cuello. Hasta lo que él sabía, estábamos ahí para terminar lo que habían empezado los hombres lobo.

Miré por encima de su hombro las dos ambulancias estacionadas. Los paramédicos revisaban a un pequeño grupo de personas que tenían la ropa manchada de sangre. A poca distancia había un camión blanco del FBI, tal vez un auto comando. Conté otras tres camionetas, otro camión del FBI y seis patrulleros de la policía estatal y de Lansing. Le miré la placa al oficial.

—Conozco a su gente, y los paramédicos están haciendo todo lo que está a su alcance, oficial Blackwell. Pero si es verdad que los hombres lobo hicieron esto, es posible que sus víctimas estén infectadas, y tenemos muy poco tiempo para ayudarlas. Soy la única persona en un diámetro de ciento cincuenta kilómetros que puede garantizarles que recuperen su condición humana.

Hizo un ademán con el mentón señalando a Nidhi y a Lena.

—¿Ellas también son libromantes?

—Soy la doctora Shah —respondió Nidhi—. Hace más de quince años que trabajo con los centinelas. —Nidhi le tocó el brazo a Lena—. La señorita Greenwood es mi asistente.

—Según la especie de hombre lobo que haya hecho esto, los sobrevivientes podrían ser un peligro para los oficiales —insistí—. Ya consulté con la policía estatal en otra oportunidad. Ellos me respaldan.

—No se muevan. —Dio un paso atrás y habló con alguien por el radio que tenía enganchado en el hombro, sin quitarnos la vista de encima ni un instante. No llegué a escuchar la respuesta que recibió, pero un momento más tarde levantó la cinta policial y nos indicó que pasáramos. Nos dio una palmada a cada uno para que nos agacháramos, un procedimiento que me tomó más tiempo a mí por la cantidad de libros que llevaba en los bolsillos del sobretodo. Para cuando terminamos, se nos habían unido dos personas.

—Identificación —pidió una mujer de mediana edad que llevaba el uniforme de la policía estatal y un chaleco; y tanto su atención como su determinación me hicieron pensar que podía trabajar en el caso durante treinta y seis horas seguidas sin necesitar más que café y su actitud.

Su acompañante era un hombre mayor que ella, con la cara de un bulldog canoso y una placa del FBI abrochada al cinturón. Entre las lámparas de la calle y los reflectores, me di cuenta de que su nombre era Steinkamp y era agente especial de la Unidad de Delitos Mágicos de la Policía de Detroit.

Nidhi y yo le mostramos las licencias de conducir. El oficial de policía las inspeccionó, nos las devolvió y miró a Lena, expectante.

—No tengo. —Lena le extendió una mano, y un brote verde empezó a crecerle en la palma de la mano—. El Registro del Automotor de Michigan se niega a otorgar licencia de conducir e identificación a los no humanos.

—Ella se queda acá —dijo Steinkamp—. Ya hubo suficientes personas para contaminar la escena del crimen hasta ahora.

—Está bien —se resignó Lena, antes de que Nidhi o yo pudiésemos decir algo.

—Firme acá. —El oficial con la placa que decía Rowland me entregó una tabla portapapeles. Anoté mi nombre, título, organización, la fecha y la hora, y se lo entregué a Nidhi para que hiciera lo mismo.

—No toquen nada a menos que sea absolutamente necesario. El oficial Blackwell será su escolta. Obedezcan sus instrucciones en todo momento, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza intentando que no se me notara la impaciencia.

—¿Cómo se metieron los hombres lobo?

Steinkamp dijo con tono enfadado:

—Había agendado un tour para niños exploradores a las seis. Normalmente, los tours terminan a las cuatro, pero el líder del grupo conoce a alguien en la Legislatura. Los hombres lobo se escabulleron con ellos.

—¿Están bien los chicos? —preguntó Nidhi.

—Defina “bien” —respondió Rowland—. Están lo bastante aterrorizados como para hacerse pis en la cama un mes seguido, pero físicamente están bien.

—Trasladaron a cuatro personas al hospital Sparrow —informó Steinkamp—. Los paramédicos están revisando al resto de los heridos. Hay agentes entrevistando a los testigos en la calle, muchos de los cuales presentan cortes y heridas leves.

—Podría llamar a Nicola para que envíe a un centinela al hospital —dijo Nidhi.

—El equipo encargado de la evidencia está adentro con el coronel —Steinkamp siguió hablando en voz más baja—. No se han llevado los cuerpos. ¿Hay algo que pueda hacer...?

—Ya se ha intentado despertar a los muertos anteriormente. No fue nada agradable.

Rowland hizo un chasquido con la lengua.

—Supongo que la magia también tiene sus límites.

—No tiene idea.

El agente Steinkamp se quedó mirándome como si fuese un libro que no lograba leer.

—Eres el tipo que escribió aquella carta hace un año. He visto tu legajo.

—¿Tienen un legajo mío? —Tendría que haberme molestado, pero en realidad me sentí entusiasmado. Cuando regresara a casa, haría un pedido formal de información a ver si me daban una copia.

—Señor Vainio, ¿alguna vez oyó hablar de una organización llamada Vanguardia?

Negué con la cabeza y miré a Nidhi, que hizo lo mismo.

Me entregó una tarjeta comercial.

—Llámeme si sabe algo, ¿le parece?

—Basta de charla —nos reprendió Rowland—. Muévete, Blackwell. Asegúrate de que vuelvan a firmar antes de retirarse.

Blackwell nos acompañó hasta las ambulancias. Los vehículos ofrecían cierto grado de privacidad, pero muchísimos de los espectadores se quedaban boquiabiertos ante lo que estaba sucediendo. Uno de los paramédicos nos interceptó.

—Vinieron a ayudar. —Se adelantó Blackwell—. Es uno de esos magos que usan libros.

Me dirigí hacia una señora que tenía una manta en los hombros. Tenía la rodilla y el muslo vendados, y el cuero cabelludo manchado de sangre, pero ninguna de las heridas

se veía grave. Saqué un pequeño tubo de ensayo casi vacío de uno de los bolsillos abultados del interior de mi sobre todo.

—Me llamo Isaac. ¿Alguna vez leyó *El león, la bruja y el armario*?

Asintió.

—A mi sobrina le encantan esas películas.

—Esto es del libro. Es la poción medicinal que Papá Noel le da a Lucy. Un sola gota la curará desde el interior hacia fuera.

—No puede usar magia con ella —me advirtió el paramédico.

—Excepto en situaciones de vida o muerte —respondí enseguida—. A esta mujer la atacó un hombre lobo. ¿Tiene algo en la ambulancia para prevenir la licantropía?

La mujer se puso pálida. Nidhi me miró como diciéndome “por qué no piensas antes de hablar” y luego tomó la mano de la mujer y empezó a hablarle en voz baja y tranquila.

—Va a estar todo bien. ¿Cómo se llama?

—Margaret. Margaret Edwards.

Pispeé por encima del marco de los anteojos en busca de residuos mágicos en el torrente sanguíneo. Nada. Ni un rastro de licantropía, ni de ninguna otra infección mágica, pero no hubo necesidad de mencionarlo hasta después de limpiar sus heridas. Que me cayera una maldición si permitía que alguien más sufriera esa noche si yo podía evitarlo.

—Margaret, saque la lengua, por favor.

La sacó y, con un gotero, le dejó caer una diminuta gotita de la poción de Lucy en la lengua. Se la tragó y no hizo ni una pregunta, ya fuera por miedo o dolor. En pocos segundos, su cuerpo empezó a relajarse. Se hurgó la rodilla con cuidado.

—¿Listo? Estoy... ¿mejor?

—Ciento por ciento humana —la tranquilicé—. Ni un ápice de hombre lobo en su organismo.

Intentó mover despacio la pierna vendada.

—Gracias.

El paramédico me miró, luego observó a Margaret y de nuevo a mí.

—Me convenciste. Trae ese tubo y sígueme.

El próximo fue un joven en una camilla, cubierto de vendas empapadas de sangre y marcas de mordidas superficiales. El paramédico que lo estaba revisando gritó:

—¡No consigo que coagulen las heridas!

Pasé delante de otro hombre que temblaba debajo de varias mantas. Tenía las mangas rasgadas y la cara cubierta de sangre, pero fuera de eso estaba ileso.

—A ese será mejor que lo esponen hasta que pueda ocuparme de él.

—¿Por qué? —preguntó Blackwell.

—Confía en mí. —Me detuve junto al paramédico y me quité los anteojos. Mi cerebro automáticamente empezó a catalogar las distintas especies de hombres lobo que podrían haber infligido ese tipo de heridas, estudió la altura y el ángulo de las mordidas, el tamaño de la mandíbula, la profundidad de las marcas de las garras... Pude deducir solo

fragmentos de textos mágicos: vestigios de la maldición del hombre lobo que navegaban por las heridas, que impedían que el cuerpo sanara. Estiré las manos hasta la peor de las mordidas: una herida profunda en el antebrazo.

—¿Cuántos hombres lobo había?

—No estoy seguro. No supe qué pasaba hasta que uno de los chicos gritó. Vi caer a una mujer y, luego, algo me golpeó de costado.

Alguien me había arrojado un par de guantes. No les presté atención y me concentré en el texto mientras el resto del mundo se nublaba.

—Sentiré algo extraño. —Hundí los dedos en la herida como si fuese un libro.

El hombre gritó, más de sorpresa que de dolor. Lo que estaba hurgando físicamente entre el músculo y el hueso no era mucho más de lo que hacía cuando arrancaba páginas de un libro para la libromancia. Sentí que Nidhi dio un paso junto a mí, la oí susurrarle al paramédico y al paciente.

Me subió calor por el brazo. Atraje las palabras y la magia hacia mi propia carne, luego las hice desvanecerse.

—¿Dijeron algo los hombres lobo? —pregunté en voz baja. Negó con la cabeza.

—Va a estar bien. —Tomé la poción medicinal y apliqué una gota para curar las heridas físicas—. Si esperaba que le quedaran cicatrices para alardear de su pelea, le tengo malas noticias.

—¿Por qué malas noticias? —Se quedó mirándose el brazo ahora ileso y se limpió la sangre—. ¡Oh!

Ya estaba regresando a atender al hombre que se encontraba en el suelo, pero este sería más difícil de salvar. Era uno de los acompañantes voluntarios del tour de los niños exploradores. Llevaba un atuendo demasiado informal para ser empleado del estado: jeans viejos y suéter holgado. La cabeza era una maraña de sangre y pelo, pero tenía la piel suave y ni un rasguño. El oficial Blackwell lo había esposado con las manos en la espalda.

—¿Qué es lo que tengo? —Las lágrimas interrumpieron la línea de sangre que le atravesaba la cara.

—Licantropía. Es el poder de convertirse en hombre lobo y es contagioso. —Me senté delante de él, a una distancia superior a la de su brazo extendido. No pensé que podía zafarse de las esposas, pero no estaba del todo seguro. Una pequeña llama ondulada pasó por encima de Smudge. Me acomodé el sobretodo hacia atrás para despejar la jaula—. Algunos se contagian por accidente al leer un libro. Es raro, pero hay quienes tienen talento mágico, pero no saben lo que hacen, y se meten en el libro y se contagian sin darse cuenta. Así fue como aparecieron la mayoría de las variedades de licantropía y vampirismo. A menudo, se disemina por la mordida.

—¿Como la rabia? —Levantó los brazos—. El doctor dijo que la sangre no era mía. No encontró ninguna herida. Dijo que sufrí una gran conmoción.

—Es probable. —Estudié la infección mientras hablaba. El texto había entrado al cuerpo y se había atado a los huesos y músculos. Una cosa era contrarrestar una infección

superficial y retirar restos de magia de una herida abierta, pero una vez que la magia se apoderaba de la víctima, la mayoría de las variedades eran imposibles de curar. Incluso esta, al parecer.

—Vine de acompañante a la excursión de mi hijo. —Se le quebró la voz—. No he visto a Iaiden desde el ataque.

—Los chicos están todos bien —dijo Nidhi—. Los atacantes no estaban interesados en lastimarlos.

—Se lo expliqué tres veces —murmuró uno de los paramédicos—. Se sigue olvidando.

El entrenamiento médico, tanto para los pacientes no humanos como para las heridas sobrenaturales, era otra área en la que Nuevo Milenio tenía que desarrollar más. Entendía la necesidad de precaución con las pruebas y la investigación, pero un profesional de la medicina promedio no sabía nada de magia. ¿Cómo podían esperar hacer su trabajo en una situación como esta?

—Pronto volverás con Iaiden —dije—. ¿Cómo te llamas?

—Will. ¿Eres médico?

—Mejor aún: soy bibliotecario. —La magia era más fuerte cerca de la garganta. Apoyé las puntas de los dedos en la piel de su cuello, pero tenía el pulso demasiado acelerado. Intenté llegar al texto como había hecho con la otra víctima. Cuando toqué la magia, Will dobló y enderezó el cuerpo como si le hubiese dado una descarga eléctrica. Tanto los paramédicos como el oficial Blackwell se acercaron y lo tomaron por los brazos.

—¿Qué hizo? —me preguntó el paramédico.

—Estaba dándome una idea de qué puede haberlo provocado. —El texto de esta maldición era distinto del que había leído en el paciente anterior. Eso confirmaba que había habido al menos dos hombres lobo—. ¿Qué aspecto tenían los hombres lobo?

—Se supone que deberías curarlos, no interrogarlos —intervino Blackwell abruptamente.

—Si me doy una idea del tipo de hombre lobo que lo atacó, será mucho más fácil curarlo.

—Alto y esbelto —respondió Will—. Como un hombre, pero con cara de lobo, cubierta de pelo. Al principio pensé que estaba usando una máscara, como si se tratara de una broma o algo así. Llevaba puestos unos pantalones de correr y un suéter de los Redwings. Ah, y Crocs azules.

—Ropa holgada. Tenía planeado cambiar de forma. —No todos los hombres lobo podían cambiar de forma a voluntad. Saber que este hombre lobo tenía una forma intermedia más o menos humanoide ayudaba a acotar la búsqueda.

Saqué una novela de *Star Trek* de mi sobretodo.

—¿Lees ciencia ficción, Will?

Negó con la cabeza.

—Qué pena, porque esto va ser genial.

Se le redondearon los ojos a medida que mis dedos desaparecían en el interior del libro.

—¿Que más puedes decirnos del ataque? —pregunté.

—Oí que mataron a dos guardias —agregó Will, casi adormecido—. Alguien dijo que tanto el gobernador como el procurador general estaban en el edificio. Había tanto griterío...

El gobernador Sullivan y el procurador general Duncan eran fervientes defensores de las leyes antimagia. Si este ataque estaba dirigido a ellos, significaba que alguien sabía que estarían aquí esta noche, ya sea porque hubiesen pirateado sus agendas o porque alguien de adentro hubiese pasado la información. ¿Quizá la misma persona que había coordinado el tour después de hora para los niños exploradores?

Me concentré en el libro, absorbí la magia de una escena en particular y, una vez más, recorrí la línea que separa la ficción de la realidad, mientras intentaba encauzar la magia de la historia según mis propias necesidades.

Hacía unos años habría dicho que lo que esperaba hacer era imposible, pero las crisis y los conflictos recientes habían demostrado lo poco que sabíamos acerca de las reglas y limitaciones de la libromancia y de la magia en general. Si todo seguía así, era posible que estuviésemos frente a una revolución mágica en varios sentidos del término.

—¿Hay algo más que debemos saber? —pregunté.

—Una última advertencia, señor Vainio —intervino Blackwell—. Límitese a hacer su trabajo y déjenos hacer el nuestro.

Will negó con la cabeza.

—Lo siento.

—No te preocupes. —Le sonreí tratando de inspirarle confianza, le apoyé la mano en el pecho y le dejé una colección de chispas doradas que brillaban formando la silueta vaga de una mano.

—¿Qué le está pasando? ¿Lo prendió fuego? —El oficial Blackwell me hizo a un costado y fue hacia Will.

—Mantenga las manos atrás si quiere conservarlas —le advertí.

Ahora, todo el torso de Will brillaba. La luz lo atravesaba cada vez con mayor intensidad. El silencio se llenó con un zumbido agudo, y Will gritó.

—¡Estás bien! —le grité—. ¡No es fuego y vas a estar bien! Blackwell me tomó del brazo.

—Lo que sea que esté haciendo...

Nidhi se interpuso entre nosotros y le preguntó a Blackwell:

—¿Sería capaz de interrumpir a un médico en medio de una cirugía?

—Will no siente nada de dolor. Está asustado, nada más —aclaré.

Dejé un brazo extendido para canalizar la magia del libro.

—Seguramente porque un oficial de policía acaba de decirle que lo había prendido fuego.

Empezaron a apagarse los gritos, y Will también. Unos segundos después, desapareció por completo.

Blackwell dio un paso atrás y dejó caer su arma de mano.

—Isaac Vainio, levántese y ponga las manos en la cabeza.

—Si hago eso, Will morirá.

Se oyó nuevamente el zumbido agudo y, al mismo tiempo, volvió a verse la silueta dorada de mi paciente. Oí gritos y gente que corría hacia nosotros, pero no pude ver qué sucedía alrededor. Esperaba que no me dispararan antes de que

podiera concluir. Ni tampoco después, claro. Se apagaron la luz y los destellos, y Will volvió a aparecer sentado frente a nosotros. Estaba entero y completamente anonadado.

—¿Qué pasó? —miró hacia un lado y hacia el otro, y luego hacia abajo. Su ropa estaba intacta. Ya no estaba espasado—. ¿Me bajó el azúcar en sangre? La controlé después de almorzar, pero no me acuerdo...

—Mejor así, confía en mí. —Lo tranquilicé—. Me llamo Isaac. Estás bien. Tu hijo Iaiden te está esperando. Estoy seguro de que alguna de estas personas te llevará hasta él con todo gusto.

Blackwell me tomó del cuello del sobretodo y me puso de rodillas. Le corrieron gotas de sudor por la cara mientras me zarandeaba. Me hundió el cañón de su pistola entre las costillas como si fuera a apuñalarme.

—¿Qué fue lo que hizo? ¿Por qué no se acuerda de nada? Me pareció que las paredes temblaban. Entre la sanación de Will y el maltrato de Blackwell, sentí que bajaba mareado de la peor atracción de vértigo del mundo.

—Imagino que es su primer contacto cercano con la magia, ¿cierto? —comentó Nidhi, con calma—. Puede resultar muy desconcertante.

—¡Al suelo, Blackwell! —El oficial Rowland apareció a dos metros junto con varios otros oficiales de policía y dos agentes del FBI. La mayoría de ellos había desenfundado su arma.

—Es un viejo truco de *Star Trek* —dije pausadamente, tratando de no moverme—. En el libro, un integrante de la

tripulación está infectado con el virus de un alien. Entonces usan el búfer de patrones del rayo del transportador para restaurarlo a un estado anterior, previo a la infección. Es un claro caso de *deus ex machina*, pero...

—Cuando usted movió la mano, ¡Will se desintegró!

—¿Yo qué? —preguntó Will—. Lo siento, ¿quiénes son estas personas? ¿Qué está pasando?

El paramédico que había estado revisando a Will se puso de pie.

—Isaac acaba de salvarle la vida a este hombre, oficial.

Will parpadeó.

—¿En serio?

—Sí, fue genial. Además, si le sirve de consuelo, su cuerpo es una hora más joven. —Smudge iba de un lado al otro de la jaula. Le salía humo de la espalda y tenía la mirada fija en Blackwell.

—Oficial Blackwell... —Nidhi sonó más decidida, más autoritaria, y enfatizó la palabra “oficial”. Eso le daba más peso a la función y sus responsabilidades—. Isaac no representa ninguna amenaza. Dio mucho de sí para ayudar a estas personas. Fíjese cómo le tiemblan las manos. Seguramente se caería y se golpearía la nariz si usted no lo estuviese sosteniendo. Mientras tanto, otras personas necesitan ayuda.

Estaba exagerando, pero no tanto como me hubiese gustado. Extraer una poción o un rayo láser de un libro era una cosa, pero transformar la magia cruda y las creencias tenía otro precio.

Blackwell me miró la cadera.

—Esa cosa que tiene en la jaula. ¿Qué diablos es?

Genial. No estaba fuera de sus cabales por la magia solamente, tal vez incluso tenía aracnofobia.

—Se llama Smudge. Es inofensivo la mayor parte del tiempo. Seguramente quiere un caramelo, nada más. Yo puedo...

—¡No se mueva! Mantenga las manos donde pueda verlas.

—Daniel Blackwell, ¡suelte el arma y retroceda ahora mismo! —Rowland levantó su arma—. Nadie quiere hacer esto, Dan. Piensa en Lisa.

—Pero él... ¿realmente lo curó? —Blackwell miró fijo a Will, que estaba detrás de mí—. ¿O lo mató y lo reemplazó con... lo que sea eso que está ahí?

Era una pregunta justa, una pregunta con la que la ciencia ficción había luchado casi desde la primera historia relacionada con la teletransportación. Y de ninguna manera iba a entrar en esa discusión con este oficial.

—Mi primera experiencia con la magia fue un paciente de dieciséis años —intervino Nidhi con la mirada clavada en Blackwell—. Se quejaba de que oía voces. De la medicación que tomaba, ninguna había ayudado. Tenía miedo de tener que internarlo. Finalmente, resultó tener el don de la magia, pero nadie se había dado cuenta. Se había volcado a la lectura para escapar del estrés de la secundaria. Estaba tan desesperado por escapar del mundo real que se conectaba con el mundo de la ficción. Las novelas que había estado

leyendo lo habían convencido de que era hijo de un lord escocés. Eso se conoce como posesión libromántica parcial de tipo dos. Su acento era terrible.

Aparentemente Blackwell estaba prestando atención.

—¿Y qué pasó? —intervino.

—Los centinelas interrumpieron una sesión en la que intentaba seducirme. Con el tiempo le enseñaron a controlar las alucinaciones y a usar su magia. Lo ayudaron. Sin la ayuda de los centinelas, seguramente hubiese lastimado a alguien o habría terminado medicado y encerrado en algún lugar. Por suerte, creció, se casó y tiene tres hijos. Vive en Copenhague. Todos los años me manda una postal para Navidad.

El procedimiento estándar de los centinelas en ese momento habría sido ajustar los recuerdos de Nidhi para mantener en secreto la existencia de la magia. Los habrá impresionado mucho porque, en lugar de hacer eso, le ofrecieron trabajo.

—Saber que la magia era real me aterraba —continuó Nidhi—. Arrasó con mi conocimiento del mundo. Tuve que cuestionarme todo lo que había aprendido, todas mis creencias. Ya nada se sentía real.

Blackwell asentía con la cabeza. Hice mi mayor esfuerzo para no moverme. Odiaba no poder ayudar, pero si era yo el que le generaba pánico, todo lo que yo dijese o hiciese empeoraría las cosas.

—No sé cómo hace la policía para lidiar con casos como este, día tras día, sin quebrarse. —Nidhi señaló a los heridos y el edificio que estaba detrás de nosotros—. En este

momento lo único que siento es adrenalina. Seguramente me desmaye esta noche cuando llegue a casa, después de algo tan espantoso.

—Uno nunca se acostumbra, en realidad —admitió Blackwell.

Nidhi asintió.

—Acá vio el lado oscuro de la magia. También vio cómo la magia puede salvar una vida. Concéntrese en eso. Estamos del mismo lado.

Lentamente, Blackwell bajó el arma. Rowland avanzó rápido para quitársela. Otros dos oficiales tomaron a Blackwell por los brazos y lo alejaron de mí.

—¿Está bien? —me preguntó el agente Steinkamp.

Se me aflojaron las piernas.

—No es la primera vez que alguien intenta matarme.

—Le sorprendería la frecuencia con que pasa —agregó Nidhi.

—Buen trabajo, doctora Shah —la felicitó Rowland—. Lamento lo de Blackwell. Es un buen oficial y también buen hombre. Nunca lo había visto ponerse así.

Parecía que Smudge se estaba calmando. Eso quería decir que yo ya no corría peligro de muerte.

—¿Alguien más necesita tratamiento mágico?

—Habría que revisar a unos cuantos para asegurarnos de que no estén infectados, incluso a los testigos que estamos interrogando del otro lado de la calle. —Steinkamp miró por encima de su hombro—. Antes que eso, quiero que vea algo más.

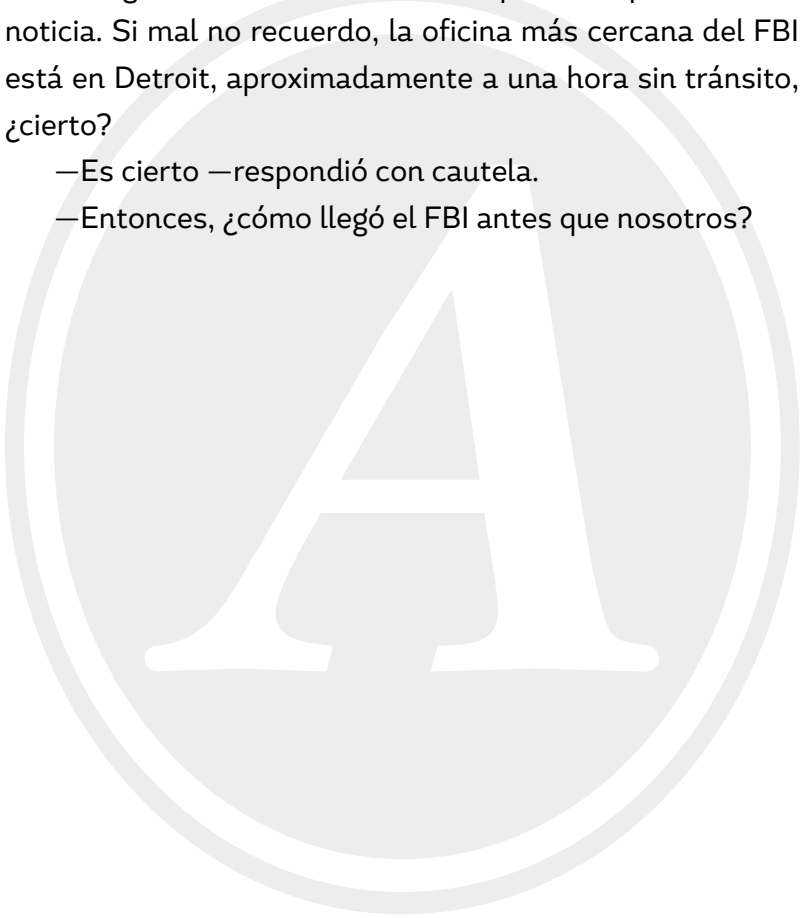
—Claro —dije con la voz cansada—. Dígame una sola cosa.

—Dispare, nomás. —Hizo una mueca—. Lo siento, mala elección de palabras.

—Llegamos casi media hora después de que dieran la noticia. Si mal no recuerdo, la oficina más cercana del FBI está en Detroit, aproximadamente a una hora sin tránsito, ¿cierto?

—Es cierto —respondió con cautela.

—Entonces, ¿cómo llegó el FBI antes que nosotros?



*DECLARACIÓN DEL SECRETARIO LAWRENCE MCGINLEY
DEL DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD NACIONAL SOBRE
LOS ATAQUES EN CALIFORNIA, NUEVA YORK, OREGÓN
Y MICHIGAN*

Para difusión inmediata

Contacto de la oficina de prensa del Departamento de Seguridad Nacional: 202-282-8010

Esta noche, los Estados Unidos y el mundo fueron testigos de una serie de ataques atroces y cobardes que resultaron en la pérdida de, por lo menos, catorce vidas. Las víctimas y sus familias están en nuestro corazón y nuestras plegarias.

El Departamento de Seguridad Nacional y el FBI están trabajando con los organismos locales encargados del cumplimiento de las leyes para hacer justicia, sancionar a los responsables y prevenir futuros incidentes.

Le pedimos al pueblo estadounidense que mantenga la calma y esté atento. "Si ven algo, comuníqueno".

Durante el último año, hemos trabajado para mejorar las medidas de seguridad, tanto las visibles como las secretas, como preparación para los ataques mágicos. Seguiremos adelante con ese trabajo, teniendo en cuenta lo aprendido esta noche, para que nuestro país sea un lugar más seguro.

Estos asesinos usaron su poder para provocar miedo. Sea cual fuere la magia que usen nuestros enemigos en nuestra contra, solo conseguirán unirnos más. No existe magia en el mundo capaz de quebrantar la fuerza y la unidad de nuestra nación.